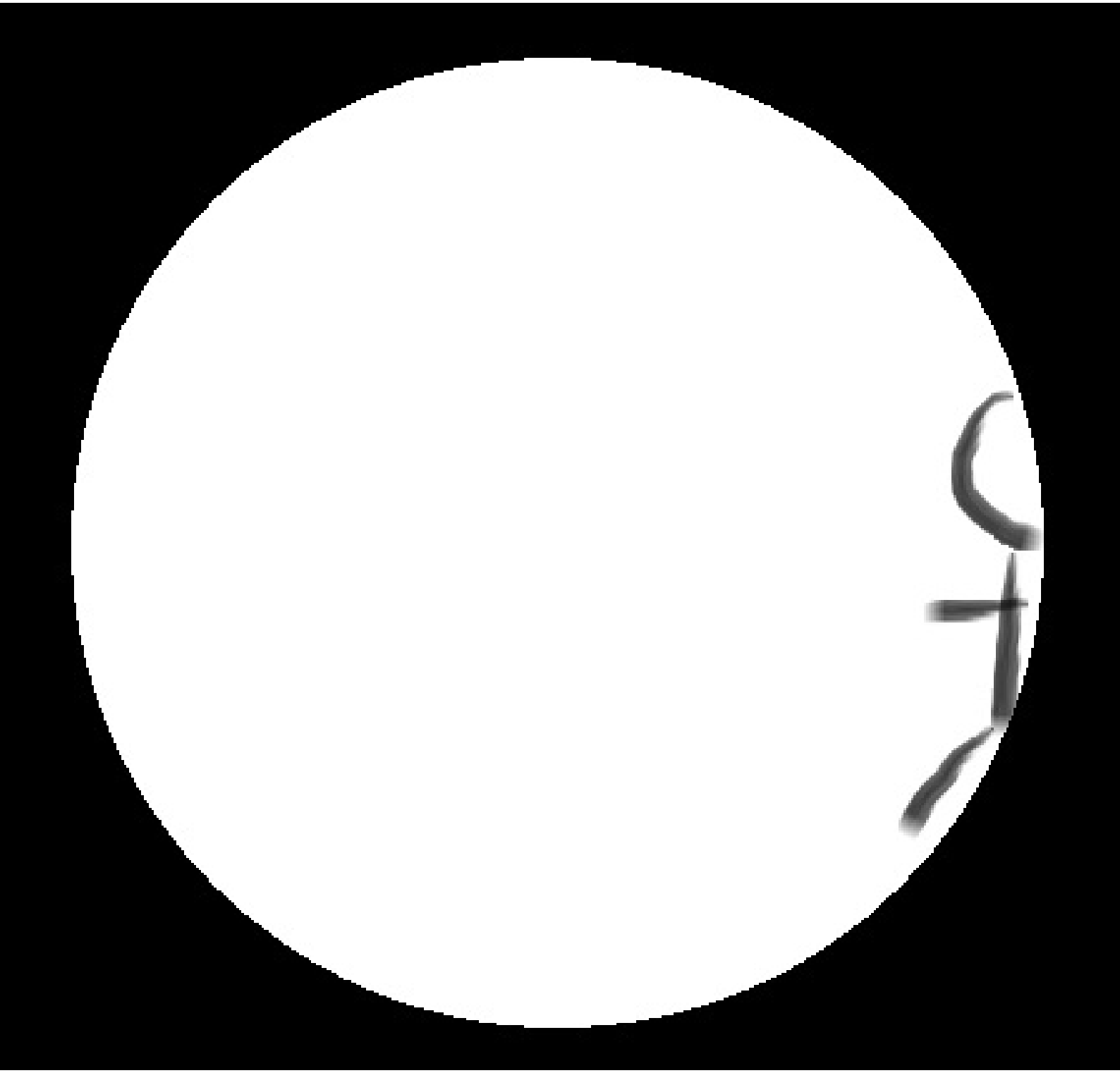
A mi amante

A. Glez



Capítulo 1

Rodeado de gente estoy, con tantas personas a mi alrededor. Por un momento desespero, pierdo la cordura. Cuando empiezo por creer que es una maldita traicionera que me hace y deshace a su antojo es justo cuando aparece y me devuelve la calma.

Los demás manipulan, son celosos, embusteros, te llenan de dudas. Todos los otros no son más que falsas pasiones. La amante perfecta, esa es ella. La más fiel compañera. No me cela, es leal y me sabe esperar. Aun cuando el día es largo, ella paciente a la noche espera con ansia de verle llegar.

Exhausto de haber soportado el bullicio de las multitudes, ahí, al final del día la encuentro esperando por mí. No logro contenerme, me rindo y me entrego a sus brazos sin arrebato, aunque evidente mi deseo sea de perderme en ella. Serenidad, calma, silencio. Al final vuelvo a sentirla acariciar mi cuerpo, invadir mi mente, llenar mi alma.

Gozo cada instante con ella sabiendo que al llegar de nuevo el día tendré que dejarla. Ansioso me pongo pensando en las largas horas que pasarán antes de que se repita nuestro encuentro.

Pasan las horas, los días…los años. Pasa el tiempo y cada vez la deseo más. Cada vez me cuesta más y más alejarme de ella. Cuando sin más remedio lo hago, la impaciencia me invade esperando volver a tenerla. Tan grata me es su compañía que no me canso de ella. Casi me he vuelto insaciable de su presencia.

Los mejores ratos los gasto en su compañía. Después de un día frustrado, de esos en los que he tenido que tragarme mi anhelo desesperado de gritar maldiciendo la vida, su repentina presencia me llena de buen humor y me hace olvidarme de ese pesar divino que impone mi existencia.

En los ratos de tristeza, ¡oh, la mejor compañera! Mi mejor consuelo. Si quiero llorar, se vuelve callada, sabe adentrarse en mi mente abriéndose paso hasta mi alma. Cuando me vuelvo ciego y me siento andar entre tinieblas, me lleva de la mano en medio de la oscuridad y me recuerda que es mía y yo soy suyo. Me recuerda que sólo nos tenemos a nosotros dos, pobres infelices. Nada ni nadie más necesitamos.

Me deja llorar hasta que ya no me quedan más ganas, y si me sobran lágrimas, me dice que no serán desperdiciadas, que siempre habrá un mañana para seguir llorando. Es fría pero sensata. Siempre me devuelve la tranquilidad y la razón sin dejarme perder la emoción.

Hermosa Soledad, no te apartes de mí jamás. Me regocijo al pensar que en el sereno candor de tus brazos mi cuerpo perecerá.